

Pensándolo bien



Sociedad soñada por Jesús

Beatriz Casal

Pastora y teóloga de la Fraternidad de Iglesias
Bautistas de Cuba
ines@fq.uh.cu

En la religión judeocristiana, la masculinidad de Jesucristo y su paradigma refuerza la tendencia a la masculinización en todos los ámbitos de la vida, a pesar de la demostrada inclusión de las mujeres en el Reino, que viene mostrando. Por eso, es preciso develar la forma impactante en que Jesús se deja interpelar y transformar por las mujeres, hacia una masculinidad diferente en el camino del Reino. Jesús nació varón, pero se abre al alma femenina y nos permite descubrir una imagen de Dios impresionante. Existen incalculables posibilidades de involucrarnos con la sensibilidad de Jesús, a través de los encuentros y el compañerismo que sostuvo con las mujeres y con símbolos femeninos, que se encuentran en los Evangelios.



La ternura, por ejemplo, se descubre entre los aspectos más silenciados en nuestra vida y en nuestra historia. He aquí un hombre que es la epifanía de la

ternura (Jn 8,1 al 11). Se celebraba la fiesta de los tabernáculos y Jesús, después de pasar la noche en el Monte de los Olivos, fue al templo para enseñar. Como era su costumbre, se quedaba en el atrio, no iba a la cátedra de los doctores, porque sabía que las mujeres no podían llegar a ese lugar. La escena es conocida, los escribas y fariseos le presentan a una mujer sorprendida en flagrante adulterio. Quieren acusar al Maestro, tenderle una nueva trampa, en este caso tenía que pronunciarse como un *varón real* de su época y de su cultura: *lapidación* (Lv 20, 10; Dt 22, 23; Ez 16, 40).

Pero el Maestro le da una connotación diferente a este hecho. Su silencio al ser abordado con una pregunta moralista, dice mucho más que cualquier discurso, habla elocuentemente sobre su pensamiento y sus criterios al respecto. Porque no se une a la pandilla acusadora, dejándonos el ejemplo de que no debemos pertenecer a ese *grupo*, si pretendemos ser sus discípulos. Jesús acalla su voz pero no su mensaje, porque su actitud genera la primera respuesta. Su silencio es una bofetada en pleno rostro a los que creen tener la "capacidad" moral para señalar al prójimo. Luego Jesús levanta su voz y se dirige a los hipócritas para dar una segunda bofetada a quienes se consideran *puros*, porque no rastrean sus sentimientos y sus actitudes. "Lancen la piedra –les dice Jesús– quienes estén libres de pecados..."

Ahora el silencio se puede cortar y solo se escuchan los golpes de las piedras al caer sobre la arena del atrio y el roce de las sandalias de ellos, arrastrándose rápidas en dirección contraria al templo. Es entonces que el Maestro levanta la vista y mira a la mujer que tiene delante. Suena un tanto irónica la pregunta que le hace: "¿Dónde están los que te acusaban?" (vv,10b). Es a esta mujer a quien Jesús observa, atiende y entiende, y, en medio de aquel escenario, identifica como la única *limpia de pecado*. Este Jesús que no alzó su vista hasta que supo que ella estaba sola, en el centro de la historia,

para decirle tiernamente: "Nadie fue capaz de condenarte, pues yo tampoco te condeno."

Esta escena tan entrañable, guardada para nosotras, es un aguijón para los que pretenden señalar solo el adulterio femenino. Porque allí, frente a todos sus discípulos y oyentes, Jesús "se inclina y se pone a escribir con el dedo en la arena del atrio" un nuevo código, sin tablas que se rompen y se vuelven a hacer. Este es el verdadero dedo *divino*, prescribiendo un código sin condenación para la mujer y que, al asentarse en la arena, será borrado por el viento del Espíritu y reescrito en cada época y cultura. Y es una mujer, a medio vestir, oliendo a sexo, la que está en medio de la historia, para vergüenza de los hipócritas.

Otro texto escandaloso para su cultura, hace diferente a este hombre. Una reina negra, africana, de un continente que luego se convertiría en el más empobrecido del mundo, le regala el privilegio de convertirse en la jueza de la humanidad: la reina de Sabá (Mt 12, 42) (Lc 11, 31). Él conoce que ella no se quedó con la duda y tampoco dudó en emprender un viaje al conocimiento. Ella quiso aprender de la sabiduría de otro pueblo. Ella fue capaz de entregarlo todo por obtener el talento necesario, porque su raza no la incapacitaba, sino que le posibilitaba el empuje para las grandes acciones.

La capacidad o incapacidad, la sabiduría, no está determinada por el color de la piel. Existe una sabiduría ancestral, profunda, en distintas regiones del mundo. Sabiduría cósmica, venida de la Divinidad: en los pueblos indígenas y de raza negra. Pueblos que no han pasado por la mezcla. Pueblos originarios, a los cuales les han coartado el desarrollo natural para imponerles una llamada "civilización" occidental. Pero Jesús sabe que allí donde surgió la vida, evolucionó y se extendió hacia todos los rincones de la tierra, está la originaria, está el símbolo de la vida y de la creación de la humanidad, otorgado por el creador a una Mujer-Negra-Reina.

La mujer de raza negra, doblemente discriminada en la historia de la humanidad, doblemente maltratada en el camino de la esclavitud: por el color de su piel y por su género, para Jesús es la *Reina*, a la que la injusta discriminación racial le usurpó el trono y la grandeza.

Mujeres negras son las que mundialmente tienen el más bajo nivel de educación: por su estatus, nacionalidad, marginación y mal reparto del mundo y sus riquezas. A las mujeres negras-reinas, les arrebataron el trono, pero no la posibilidad de juzgar al mundo.

Jesús sabe que este encargo se lo otorga el mismo Dios.



Cuando muchos varones acusaban y aprobaban la crucifixión de Jesús, las mujeres lloraban por el dolor de ver a aquel hombre en medio del sufrimiento, camino al Gólgota, lugar de su muerte. Junto a María, las mujeres de Jerusalén, desconsoladamente, se lamentaban por lo inevitable (Lc 23, 26-31). Era el hijo de María que iba a morir, pero era también parte de la descendencia de todas y motivo de mucho sufrimiento para ellas. Y aquel hombre con su cuerpo dañado, con la seguridad de que le esperaban aún mayores y más terribles dolores, les alertaba y profetizaba el futuro incierto, triste y azaroso que siempre estará latente en una mujer que pare a la vida un hijo varón. Jesús comprende que el futuro de una buena parte masculina en el mundo es la muerte, por el terror de una historia de guerra y de violencia patriarcal.

Jesús, llevado a la muerte por miedo a su voz y a sus verdades, les recordaba a sus compatriotas –como hoy nos recuerda a nosotras– que ninguna mujer puede predecir qué será de su hijo varón en un mundo en el que siempre estamos amenazados por la guerra, donde la muerte cobra más vidas masculinas. Deberíamos ir por las calles gritando y protestando, exigiendo el fin de las guerras. Pero aquel hombre que iba a morir, aprendía y se solidarizaba, sufría más por

el dolor de las mujeres y sus hijos que por su propio dolor. Era el Espíritu de Dios preocupado por el futuro de ellas y de su descendencia. Dios sufriendo por su creación.

Otro texto peculiar, cargado de fábula simbólica, refiere a Jesús semejándose a una gallina que entibia sus polluelos (Mt. 23, 37 al 39) (Lc. 13, 34 y 35). Podríamos pensar que la escoge porque la acción de cubrir, proteger con el cuerpo y calentar, solo es posible desde la experiencia de las aves en sus nidos. Una gallina no solo calienta el huevo para empollarlo, sino que al mismo tiempo protege su descendencia de los depredadores que se alimentan de su especie, así como de la intemperie y de cualquier otra circunstancia que pueda dañar su cría.

Jesús lo sabe, él camina, convive, ve y aprende de todos y de todo. Entre el campo y la ciudad va nutriéndose del conocimiento cotidiano del sembrador, el constructor, el viñatero, los artesanos, los obreros y los campesinos. Por eso disfruta sentado allí, frente al gallinero, mirando el ir y venir de mamá gallina, y comprobando las horas que están sobre sus huevos recién puestos. Y sonríe cuando escucha el cacarear de alguna, pues comparte su alegría al ver los pollos romper el cascarón. Jesús ha aprendido que una gallina es la imagen especial de protección a la cría, alegría por el nacimiento y constancia en la crianza. Por eso asume esa semejanza cuando les quiere decir a sus conciudadanos lo que ellos representan para él, lo que desea para ellos. Y se duele en la frustración de no haber alcanzado su objetivo.

La familia extendida, que es el pueblo, el país, solo puede lograr la unidad, la armonía, desde la racionalidad amorosa y protectoramente femenina de Dios, rompiendo con un sistema patriarcal basado en el *círculo de la violencia*, la guerra y el terrorismo.

Muchas veces queremos integrar solidariamente a nuestros contemporáneos, reunir al pueblo bajo el manto de amor comunitario, bajo el manto de Dios, desde la imagen más maternal de todas las especies: la gallina y, como Jesús, hemos llorado sobre la insensatez de la desunión y la falta de solidaridad.

El Reino de Dios a partir de una sociedad de justicia social, es presentado por Jesús a partir de la racionalidad femenina. Allí donde la mujer pone su mano, símbolo de la levadura que coloca en la masa, hasta que haya fermentado (Mt 13, 33) (Lc 13, 20- 21). Y desde el reconocimiento a una mujer a la que no le conocemos el nombre pero sí la nacionalidad: sirofenicia (Mc. 7, 24 al

29), o cananea (Mt. 15, 21 al 28), en donde el pan se convierte en migaja, y desde la claridad y justeza con que ella se expresa. Hay un detalle sorprendente: el pan multiplicado en el desierto (Mt. 14, 13 al 21) puede multiplicarse aún más, en migajas, infinidad de veces compartidas, desde la capacidad femenina de compartir/repartir.

Vivir en el amor



Porque la mujer sabe lo que significa repartir en *migajas* los alimentos, para que alcance para toda la familia, para compartir también con quienes vienen de visita y hasta para el día siguiente. La mujer es especialista en compartir/repartir, desde la pobreza, desde la precariedad. Multiplicar en migajas, es "poder" y capacidad femenina. Esto es don de la mujer en los milagros del bregar diario, en medio de carencias materiales, espirituales, psíquicas y sentimentales.

Hoy necesitamos una nueva sensibilidad para percibir el misterioso actuar de Dios, en un mundo cambiante, injusto, lleno de desvalores y ambivalencias. En medio de la cultura de marginación y sexismo, encontrar a Dios dentro de nuestra realidad se convierte en un desafío, si no le sentimos como una ofrenda desde el corazón. No es tan simple como mirar las imágenes de Jesús insertadas en la historia, es preciso ver la realidad de Jesús más allá de lo evidente. Llegar a una dimensión más honda, donde podamos percibir el propósito de Dios, en Jesús.

A medida que vamos avanzando en la experiencia de Dios en nuestra realidad, también aparece en nosotros un nuevo lenguaje para hablar, de esa *Humana Divinidad* que se nos revela en el Maestro de Nazaret y que nos despierta el deseo de seguir descubriéndolo. ■

